

CINISMO Y SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN*

Vicent Gozálviz
Universitat de València

Abstract: Our technologically advanced and global societies arise from liberal and individualistic ideology. Have they likewise become cynical societies? P. Sloterdijk's *Critique of Cynical Reason* (1983) analyzes the cynical component in our time. In this paper, the concept of *civic individualism* opposed to *cynical individualism* is developed.

Keywords: Cosmopolitanism, Individualism, Civic, Cynism.

1. EL SABIO CÍNICO: LIBRE, INDIVIDUALISTA Y COSMOPOLITA

Dos modos de reivindicar el cosmopolitismo me interesan especialmente en este trabajo: el primero es el modelo cínico de la Antigüedad; el segundo, el propio de la Ilustración europea. A pesar de las diferencias, en ambos modelos se proclama una *identidad universal* del ser humano, una identidad no constreñida a los límites de la propia ciudad, algo que implica afirmar primeramente la propia individualidad. El ser, o sentirse al menos, ciudadano del mundo supone verse a sí mismo como individuo cuya identidad no se agota en los estándares de la propia cultura. Ser individuo para verse como igual rompiendo fronteras. Verse como ciudadano global a partir de una identidad personal recién descubierta, amplificada y atrevidamente proclamada.

Empecemos con el cinismo. Desde Antístenes o Diógenes hace más de 24 siglos, el cinismo aún sigue emanando un vago magnetismo a pesar del desinterés que tal movimiento siempre ha despertado en el ámbito de la filosofía académica (a excepción de Nietzsche, el más lúcido y cínico crítico de la cultura racionalista judeo-cristiana occidental.)

La identidad del yo como individuo reivindicada por los cínicos, por Diógenes por ejemplo, viene a ser quizás la primera forma de individualismo en Occidente, un individualismo aclamado, si se quiere, de una forma simple, radical y grotesca, pero al fin y al cabo se trata del primer intento contundente de forjarse una identidad más allá de la identidad convencional como varón griego de la época: así lo entiende M. Nussbaum (1999). Pero

* Artículo revisado a partir de la comunicación "Educación cosmopolita y tecnología comunicativa: entre el cinismo y la modernidad", del mismo autor, para la *III International Conference on Technoethics*, 2007.

en realidad, ésta es mi propuesta, el cínico se proclama como individuo *contra* la cultura (de hecho los cínicos podrían ser identificados como los primeros contraculturales de Occidente), toma conciencia de su identidad *frente* al Estado, o si se quiere *al margen de* la sociedad. De ahí su empeño por conculcar las normas sociomorales convenidas, su gesto provocativo, burlón o irónico en contra de una convencionalidad hueca, de una sociedad considerada hipócrita y anuladora de la espontaneidad personal, de su *natural libertad*.

Pero a un individualismo tosco corresponde una manera un tanto tosca de percibir la libertad: uno es libre satisfaciendo sólo sus apetencias naturales o dirigiendo su razón hacia un ascetismo rayano a la animalidad —o lo que se entiende por tal—. Esa asociación entre libertad e impulsividad animal es la que explica la llamada de los cínicos a la naturaleza, su interés por recuperar una *vida natural* despojada de tanto artificio inútil como el que representan las sociedades humanas. Sin embargo, no hay que olvidar que es ésta una llamada que, en última instancia, nos unifica a los humanos *en* la naturaleza. Tal unificación de fondo es la que sirve a los cínicos para reclamar su cosmopolitismo: ser cosmopolita es ser ciudadano del mundo simplemente por el hecho de que no me siento miembro de ningún Estado, de ningún colectivo social. Así se perciben y se valoran Antístenes, Diógenes o Crates en los siglos V y IV antes de nuestra era.

El sabio cínico es sobre todo un individuo autosuficiente, capaz de eludir las exigencias artificiales y delirantes de la cultura: la cultura es una especie de engaño sutil y degradante del ser verdadero. Por eso el cínico imita la vida del perro (*kyon*), su vivir es un vivir perruno que se desentiende de las leyes, las normas de la corrección y los buenos modales de una sociedad. No sólo vive al margen de las normas, sino que se enorgullece de su marginalidad y se ríe ante los demás cuando oye sus reproches. La ley y las normas son para los débiles o los “desnaturalizados”, diría. Mi credo es la libertad, o sea, la ausencia de imposiciones externas y la liberación de los impulsos naturales. Éstos son algo así como las necesidades básicas, la ley del deseo purificado, podado de las “excrecencias sociales” que son los deseos aprendidos. El trasfondo natural es *lo que a todos nos une* tras desbrozar la maleza artificial crecida al son de la cultura. El cosmos es la naturaleza, y en ese sentido todos somos hijos del cosmos, “ciudadanos” o habitantes del cosmos. El sabio cínico se llama así *cosmopolités*.

El estoicismo recuperó el ideal cosmopolita pero esta vez el nexo de unión es el *logos* o razón universal, el destino que es connatural a cualquier humano, sea meteco, esclavo, mujer o el más noble de los varones atenienses. Los cristianos nos unieron a todos como hijos de un mismo dios, ideal que en la Ilustración reapareció con fuerza con el nombre de fraternidad. Individualismo e ideal cosmopolita son conceptos históricamente parejos, y podríamos decir que afines desde un punto de vista lógico: del primero se desprende con facilidad el segundo y a la inversa.

Antes de ver cómo se despliegan ambos conceptos en la actualidad con el concurso de las TIC, se hace necesario analizar qué supuso en este sentido la llegada de la modernidad ilustrada en Europa.

2. SABIO CÍNICO VS. CIUDADANO ILUSTRADO

El individualismo moderno, que empieza a fraguarse en el *Rinascimento* italiano y culmina con la *Aufklärung* alemana, no coloca al individuo *frente* a la sociedad, sino que insiste en una identidad personal capaz de *trascender* la identidad social, sin negarla: soy lo que soy al reconocermelo como persona moral, como ser humano capaz (1) de sentir com-

pasión ante cualquier ser humano y (2) de entender racionalmente valores morales que intuyo universales. Provenga del empirismo o del racionalismo, el individuo moral abraza los vínculos con cualquier persona por el hecho de ser persona. Hoy hablamos de una compasión racionalmente aplicada, de una inteligencia moral cordialmente matizada (González, 2000) como capacidad moral que puede desplegarse en la persona. El yo crece, se desarrolla idealmente para superar (que no triturar) la convencionalidad, enredada como lo está a menudo en raíces grupales o patrióticas. Pero el individuo ilustrado forja su identidad personal *anterior* a la sociedad de una manera lógica, no histórica: de la sociedad ha extraído la persona su posibilidad como tal, gracias al lenguaje, pero su personalidad moral no se agota en ella. Antes que como mero miembro de una sociedad concreta cabe reconocerse como un sujeto de derechos inherentes (léanse “naturales”) y como miembro de humanidad compartida. Como un sujeto libre, capaz de guiarse autónomamente no a golpe de instinto natural sino de *voluntad*.

Para el individualismo ilustrado, conducente a un cosmopolitismo liberal y solidario, es precisamente la comunidad asfixiante el lugar en donde prosperan el chisme y la calumnia, cuando no la denuncia y la persecución, hacia los vecinos que no se acaban de ajustar a una idolatrada moral convencional. Por ello, no sería desacertado decir que el enemigo de la comunidad es la comunidad misma cuando ésta es exaltada *supra homines*. Es en el seno de la comunidad que sólo se mira a sí misma en donde ve la luz una moral provinciana, una moral del fingimiento y la compostura que finalmente termina minando a la misma comunidad, unida por lazos tan frágiles como superficiales o caducos. Si el único criterio es la misma convención, su perpetuación como mero mecanismo por encima del individuo, cueste lo que cueste, la muerte de tal comunidad está ya anunciada. Éste ha sido el elemento corrosivo de la comunidad como ente entronizado que el comunitarismo premoderno de hace un par de décadas no fue capaz de atisbar. El patriotismo sentado sobre similares bases corre la misma suerte, por su impermeabilidad a procesos de evolución culturales y a la posibilidad de crítica y revisión de sus estándares sociomorales.

Desde estos supuestos, sospecho que la crítica de los comunitaristas al individualismo liberal es en el fondo una crítica al individuo cínico, o tiene sentido sólo si es una crítica tal. Igualmente, los cínicos posmodernos (por ejemplo, P. Sloterdijk), en su diagnóstico de las democracias occidentales, hablan del fracaso del yo moderno sin ver que en realidad están aludiendo a un tipo de moral convencional, la del progresismo de postín, puramente instrumental y con un elemento cínico incrustado en ellas. O sea, el cínico posmoderno se retroalimenta o se contradice: denuncia una sociedad en la que supuestamente se ha plasmado la modernidad, y acto seguido abjura de ella al considerarla hipócrita y fracasada, aunque en el fondo su queja y su asco se dirigen al modelo cultural en el que impera aquel otro cínico sin escrúpulos, el que se aprovecha del discurso moderno sólo para medrar en asuntos de poder económico y de Estado, el que apela a la universalidad moderna como mejor medio para exportar una forma de vida, la suya, o sea, para expandir su negocio o su imperio.

Quizás lo que despierte recelos, en buena lógica, cierto *pragmatismo instrumentalista* y sus efectos, como por ejemplo los atropellos a otras culturas y pueblos en nombre de la utilidad o el progreso. No obstante, confundir tales prácticas con la modernidad y el proyecto ilustrado es o un despropósito o una confusión de la parte con el todo. El pragmatismo y la razón instrumental son frutos de la modernidad, pero no la abarcan ni la agotan. Y dudo que la representen o la dibujen con finura.

Así, afirmarse como individuo cosmopolita en sentido auténticamente moderno no ha constituido un fracaso, contra lo que pensarían un cínico o un comunitarista, entre otras

cosas porque es dudoso que tal modelo de identidad se haya encarnado en plenitud. El yo moderno entraña un programa de renovación ética que desde la razón autónoma no desdén los vínculos comunitarios tradicionales. Tan sólo aquellos que impiden aspiraciones más universales, que se agotan en sí mismos o se autolegitiman por encima de los individuos. Un yo moderno, de talante ilustrado, se opone a ciertas formas rancias de patriotismo o de afirmación de la comunidad, e invita a compatibilizar la lealtad al grupo o nación con la lealtad a la persona más allá de sus atributos accidentales (nacionalidad, riqueza, cultura) o naturales (sexo, color de piel, edad). La renuncia a toda tradición se le antojaría absurda a un yo ilustrado, pues la crítica es ya, en sí misma, una de las valiosas e irrenunciables tradiciones en las democracias occidentales.

El individuo cosmopolita ilustrado ha sido dibujado, por ejemplo, por M. Nussbaum en su afirmación de un patriotismo de círculos concéntricos, por L. Kohlberg en su apuesta por un yo posconvencional, por J. Habermas siguiendo a D. Sternberger en su propuesta de un patriotismo constitucional, o por el republicanismo de Ph. Pettit que, inspirado en Rousseau, Kant o Tocqueville, combina el apego a la república (a la *politeia* y las virtudes cívicas) con reclamaciones universales atribuibles a todo ser humano.

Evidentemente el cinismo se anticipó al programa cosmopolita e individualista de la época moderna y la Ilustración al apostar por una naturaleza individual más allá de la cultura, las tradiciones o el Estado, aunque la reivindicación es radicalmente diferente. La Ilustración aboga por la construcción de un individuo racional, crítico pero con el afán de reforma y progreso social. La idea de progreso ilustrada, la lucha por el individuo en su dignidad y sus derechos naturales provocaría quizás una sonrisa de descreimiento o recelo en el sabio cínico.

El individualismo y el cosmopolitismo (así, a secas) son un asunto clave hoy en las sociedades de la información o tecno-comunicativamente avanzadas. Son una consecuencia casi inevitable del “capitalismo informacional” del que habla M. Castells (2001). La revolución tecnológica en la información y la comunicación ha alentado nuevas formas de individualismo y ha hecho revivir el sueño cosmopolita al hacer audiovisual al otro lejano, rompiendo límites espaciotemporales y fronteras nacionales. Pero la tendencia, ¿apunta al modelo cínico?

3. CINISMO Y SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

¿Dónde aparece el individualismo cínico en nuestras sociedades de la información, capitalistas y globalizadas?

En cualquier forma de descreimiento antisistema ante el bombardeo informativo o *desinformativo* (pues todo exceso de información redundará al cabo en la desinformación). Descreimiento provocado no sólo por la incapacidad para asimilar y seleccionar adecuadamente, sino también por la espiral sensacionalista, espectacularizada y “presentista” (V. Camps, en Gozávez y Conill, coords., 2004) de los productores audiovisuales: por la vorágine de mini-noticias en cascada pero inconexas, ajustadas al formato del *info-show* (E. Prado, en Vidal Beneyto, ed., 2002), abocadas a un presente siempre fugaz que aniquila los sucesos del pasado a medio plazo. Un presente reactivo a la comprensión enraizada, a la memoria significativa de nuestro entender.

En el desencanto hacia lo público y lo social, desencanto avivado por la visión de un mundo-espectáculo inseguro e inhóspito. Visión que, de ser asumida en serio por el espectador, induce a pensar en la vigencia de la ley de la selva y la ley del más fuerte: natura-

lismo y neo-darwinismo social alentados por noticiarios catastrofistas en busca de mayor audiencia. Ante un mundo peligroso, amenazante, es legítima la autodefensa y la depredación en aras de la propia supervivencia. Es el cinismo de la vuelta a la naturaleza, pero esta vez en clave hobbesiana.

En el tipo de individualismo propiciado por la red, claustrofílico (R. Gubern, 2000), sedentario y “libertario”: la red sin restricciones, como genuina tecnología de la libertad tal como es defendida por M. Castells. Un ideal libertario-digital que reproduce un concepto hobbesiano de la libertad, es decir, simplemente como la posibilidad de satisfacer el deseo y que renuncia a las responsabilidades y restricciones (calificadas como censura).

En la irrupción de los *blogs*, en donde todos hablan, en donde los internautas satisfacen sus deseos de decir... pero en donde tan a menudo nadie escucha o lee. Asimismo es usual que las escasas muestras de diálogo aparecidas en los *foros* se ajusten al patrón del simple intercambio de mensajes embroncado, el de la reyerta pandillera en donde proliferan el insulto y el menosprecio al otro.

Al hablar del individualismo cínico tecno-comunicativamente estimulado aludo al sentido originario de cinismo como *descreimiento* y *desconfianza* en lo social, en el Estado y la cosa pública; también como tendencia a la *apatía autosuficiente*. Pero el individuo cínico se encarna también, más peligroso y con menos encanto, en aquel parásito insolente e hipócrita, el que se vale de la simulación o el fingimiento moral como estrategia para el dominio o el enriquecimiento. Es clave esta distinción conceptual que en la lengua alemana ha dado lugar a dos palabras en vez de una sola: los alemanes distinguen, desde el siglo XIX (García Gual, p. 11), entre *Kynismus*, derivado del original griego y que se encarna en el primer modelo de yo cínico al que aludía, y *Zynismus*, término que recoge un significado más cercano al actual y que se traduce en el segundo tipo de yo cínico que he nombrado. El “kínico” sería el rebelde apático, desencantado y radical, el automarginado; el “zínico”, el farsante que ya no se sitúa al margen, sino que se sirve de lo social para medrar, cueste lo que cueste, más allá del bien y del mal. Su descreimiento de las leyes y las normas morales es un supuesto vital o ideológico que le resulta bien rentable. El primero es el *outsider*. El segundo, el *free rider*, el tramposo, el ciudadano que defrauda sistemáticamente al fisco o que embauca y quebranta normas para mejorar su estatus y su poder porque “todo está corrupto”, o “todo el mundo hace lo mismo”. Como decía, en la selva es legítimo sobrevivir a cualquier precio. Ver a la sociedad como una jungla con reglas caducas es una buena coartada para delinquir solapadamente y con satisfacción cínica.

P. Sloterdijk, en su conocida *Crítica de la razón cínica* (1983) habla de un cinismo difuso, en ambos sentidos, propio de sociedades exhaustas, en las que han ido sucumbiendo los ideales y esperanzas de una nueva sociedad o una nueva humanidad. Y en medio de la ruinas sólo queda afirmar la propia voluntad iconoclasta, que rompe con el pacto cívico precisamente porque tal pacto es un engaño o un fraude al servicio de los poderes de siempre. Unos poderes que se camuflan bien, que desde el “zinismo” se legitiman bien (democráticamente incluso) en el seno de una comunidad inauténtica y resignada (alienada). Por lo que el verdadero cínico (el “kynico”) prefiere escapar de la alienación, optando por el camino autárquico (*autarkeia*) o por la provocación irónica antes que andar embrutecido como el rebaño domesticado, gobernado por las rutinas y convenciones de la gran ciudad.

La revolución tecnológica habría sido una pieza más en la conciencia del fracaso y un instrumento necesario para la huida o el autoengaño. Es legítimo en cierto modo pensar que el ciudadano audiovisual, más que ilustrado, está abrumado en el entorno audiovisual, sabedor de mucho y desentendido de casi todo. Eso sí, entretenido, más o menos divertido,

no ya feliz pero sí por lo menos a gusto o a salvo en su pequeño y cómodo refugio virtual. Y así llegamos, tal como lo entiendo, a un tercer tipo de individuo cínico, a un cinismo de baja intensidad no explicitado hasta ahora, pero que quizás sea el más frecuente. Es el cinismo del integrado en la sociedad pero despechado de ella. No es rebelde, no huye del sistema, pero tampoco se sirve de él para trepar caiga quien caiga. Vive y deja vivir recluido en su mundo particular, indiferente y hasta cómodo ante tanta violencia, tanto desastre y tanta miseria como la que reflejan los medios.

¿Tiene sentido este individualismo cínico hoy, en los albores del siglo XXI? No sé si sentido, pero en algunos casos puede tener su *gracia*. Es sugerente la actitud cínica y descreída en una sociedad en la que sus instituciones (gobierno, empresa, familia, escuela, medios de comunicación...) no generan confianza, allí donde la convencionalidad más asfixiante es la tapadera para prácticas sociomORALES o políticas corruptas o perversas. En parte, la perversión de la comunidad (que convertiría al *Kynismus* en algo incluso saludable) reside justamente en la anulación de la persona, del individuo en su anhelo de libertad o pluralidad, anteponiendo la moral convencional y los modales de buen tono por muy caducos o absurdos que lleguen a ser. Tales modales o caja de virtudes se mantienen sólo por razones de inercia o como medio para apuntalar la propia comunidad, clausurada en sí misma.

El provocador alegato del individualismo inherente al “kinismo” tiene sentido en una sociedad, como decía, en relación con el grado de confianza que ésta genere en la ciudadanía: mayor puede ser el sentido de su provocación, mayor la gracia y simpatía de su acción, cuanto más legítima es la desconfianza que los ciudadanos tienen en sus instituciones. Pienso como momento emblemático de todo ello en la fuerza de alegatos cínicos por parte de jóvenes en los EE.UU. bajo el mandato de Nixon, los EE.UU. del *Watergate* y la guerra del Vietnam. O en la actitud apática de los argentinos riéndose amargamente de los sucesivos gobiernos que llegaron a hundir económicamente al país tras prácticas corruptas y solemnes desfalcos. O en la actitud de muchos jóvenes desilusionados y hastiados en la opresiva España del nacional-catolicismo franquista. Curiosamente, la política y la religión (la católica) son en nuestro país, según encuestas del CIS, dos de las instituciones que menos crédito o menos confianza generan en la ciudadanía. Instituciones tradicionales que representan respectivamente los ideales modernos de cambio y renovación de lo público (la política) y los llamamientos de una moral de corte convencional. Ante su agotamiento, cobra fuerza proporcionalmente el cinismo en todas sus acepciones.

Pero quedarse ahí, en la reacción cínica un tanto complaciente, sabe filosóficamente a poco. El sentido del “kinismo” o el del “cinismo social de baja intensidad” en circunstancias socialmente adversas (en las que florecen la corrupción “zínica” y por ende la desconfianza generalizada) se ve empañado por una sencilla razón: por la palmaria e intencionada falta de propuestas para la acción que caracteriza al cinismo desde su misma raíz.

Los alegatos recientes al cinismo, como los de P. Sloterdijk, son por esto mismo un gesto posmoderno tan lúcido como insatisfactorio y fatuo. Sloterdijk incurre, en su *Crítica de la razón cínica*, en un desliz entiendo que grave cuando habla y hace una ponderación del cinismo en la cultura actual. En él, parece aplaudir las actitudes desvergonzadas, frescas y agresivas del cínico como contrapunto a la hipocresía y la mentira dominantes:

Desde que la filosofía ya sólo es capaz de vivir hipócritamente lo que dice, le toca a la desvergüenza por contrapeso decir lo que se vive. En una cultura en la que el endurecimiento hace de la mentira una forma de vida, el proceso de la verdad depende de si se encuentran gentes que sean bastante agresivas y frescas (desvergonzadas) para decir la verdad (P. Sloterdijk, en García Gual, 1987, p. 17).

Por supuesto el individuo cínico se sitúa por definición frente al poder. Y los poderosos por definición se alejan del cínico como de los locos o los cómicos que incomodan por su desvergonzada burla ante lo que ven. Pero cuando, en un momento ulterior, los poderosos saben la verdad (cuando saben perfectamente de sus tropelías y del dolor o el recelo que provocan) y a pesar de ello siguen adelante riendo cínicamente, entonces según Sloterdijk los poderosos “realizan al completo la *moderna* definición del cinismo” (Idem). ¿Moderna definición del cinismo? Más bien se trataría de una definición del cinismo cercana a lo posmoderno, al declive de la razón crítica moderna. Llegamos aquí del *Kynismus* al *Zynismus*, tránsito que llega a relatar Sloterdijk. A diferencia de lo que éste afirma, entiendo que no hay o no es operativo hablar de una *definición moderna del cinismo*: modernidad y cinismo son términos tan incompatibles como los de racionalidad crítica y charlatanería desinhibida, o los de pretensión de verdad emancipatoria y falseamiento instrumental de la verdad.

Es cierto que uno de los lados oscuros de la racionalidad moderna ha sido la creación y expansión de una razón instrumental en un mundo crecientemente tecnificado, razón ampliamente descrita por Adorno y Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración* (1947). Mecanización e instrumentalización de la vida que ha dado lugar, por ejemplo y en palabras de G. Anders, al holocausto nazi, a la eliminación en masa, industrialmente, de seres humanos. Pero, ¿es éste el único, el más válido legado de la modernidad? Es más, ¿podemos considerar esto como un legado de la razón moderna?

Son éstas cuestiones que ya han dado que hablar en abundancia y que en este breve espacio no puedo abordar como merecen. En cualquier caso, parece ser un signo de la *posmodernidad* el creer que la razón moderna entraña hipocresía, o sea, declaración de magníficas intenciones como medio para conseguir instrumentalmente otros fines menos espléndidos. Es un signo de buena posmodernidad proclamar que el proyecto moderno del individualismo ilustrado ha muerto, ha fracasado o sirve simplemente de máscara para justificar lo contrario: se denuncia, no en vano, que los derechos humanos y la democracia son enarbolados para justificar guerras o esconder actos de puro dominio. Sin embargo, y desde la confusión entre los diferentes usos de la racionalidad moderna, la posmodernidad parece despreciar los intentos de racionalizar críticamente la vida, mediante la razón pública y parlamentaria en un Estado de Derecho, o mediante la razón discursiva o participativa en ámbitos como la economía, la medicina o la educación. Descreimiento y desconfianza que son el motor, asimismo, de la risa desvergonzada del poderoso en el ejercicio y abuso de su poder: consciente de ello, del rastro de iniquidades dejado a su paso, es capaz de burlarse de las voces críticas pues entiende que no son sus actos realmente actos inicuos, puesto que no hay *razón* alguna para verlos así. Ha muerto la razón moderna que ayudaba a atisbar lo inicuo por alejarse de patrones racionales de equidad. Pero eso sí: con ello llegamos no a la definición del cinismo moderno, sino a la descripción de un cinismo en todo caso posmoderno, del cual se empeña en mostrarse como valedor el propio Sloterdijk.

Así, llega éste a decretar la muerte de la filosofía (*sic*) y, asumiendo con mayor o menor fortuna un análisis nietzscheano de la actualidad, tilda los conceptos modernos de “interés”, “ciudadanía”, “responsabilidad” o “paz” de meros recursos analgésicos, valores que “tienen las piernas cortadas”. Valores que carecen de impulso y que son, dice, la nueva charlatanería. Ante tal situación, ante la muerte de la Historia, del Progreso o de la Esperanza racional en la gradual realización de la Justicia (o sea, ante la muerte de los Grandes Relatos, en palabras de Lyotard), sólo queda la ironía, el placer y el escepticismo de la desidia.

Ahora bien, ¿es esto un análisis cínico de la realidad moderna? Más bien yo a esto lo llamo simplemente el saldo del consumismo posmoderno, detectado e indirectamente avalado por Sloterdijk. ¿Es su libro un alegato del cinismo al que conduce la modernidad? Intuyo que su defensa de la razón cínica es en definitiva una descripción excesiva de los signos del nuevo capitalismo global, descripción que no consigue invalidar las huellas de una racionalidad crítica, emancipatoria, a no ser que uno piense que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Es precisamente por ello por lo que tiene más “sentido” que nunca superar la visión autárquica e inactiva del modelo cínico, la pose posmoderna a él unida, con el fin de reinventar al individuo ilustrado en un mejor uso de las TIC, de fortalecer al ciudadano de un mundo sediento de iniciativas de compromiso: ante el lacerante problema del hambre, o las nuevas formas de dominación mediática, o ante la cuestión de la conservación medioambiental del planeta ningún tipo de razón cínica es operante, ninguna forma de cinismo o desverguenza reconforta intelectual y filosóficamente.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. W. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 1994.
- CASTELLS, M., *La galaxia Internet*, Mondadori, Barcelona, 2001.
- CORTINA, A., *Ciudadanos del mundo*, Alianza, Madrid, 1997.
- GARCÍA GUAL, C., *La secta del perro*, Alianza, Madrid, 1987.
- GOZÁLVEZ, V., *Inteligencia moral*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000.
- GOZÁLVEZ, V. y CONILL, J. (coords.), *Ética de los medios. Una apuesta por la ciudadanía audiovisual*, Gedisa, Barcelona, 2004.
- GUBERN, R., *El eros electrónico*, Taurus, Madrid, 2000.
- HABERMAS, J., *Historia y crítica de la opinión pública*, Ediciones Gili, Barcelona, 1994.
- KOHLBERG, L., *The Philosophy of Moral Development. Moral Stages and the Idea of Justice*, Harper and Row, New York, 1981.
- LYOTARD, J. F., *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1986.
- NUSSBAUM, M. C., *Los límites del patriotismo: identidad, pertenencia y “ciudadanía mundial*, Paidós, Barcelona, 1999.
- POSTMAN, N., *Divertim-nos fins a morir*, Llibres de l'index, 1990.
- RAMONET, I., *La tiranía de la comunicación*, Debate, Barcelona, 1998.
- SARTORI, G., *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998.
- SEN, A., *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.
- SLOTERDIJK, P., *Crítica de la razón cínica*, Taurus, Madrid, 1989.
- SUNSTEIN, C. R., *República.com. Internet, democracia y libertad*. Paidós, Barcelona, 2003.
- THOMPSON, J. B., *Los media y la modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998.
- VIDAL BENEYTO, J. (ed.), *La ventana global*, Taurus, Madrid, 2002.